
¿Ha estado usted alguna vez en el Mar del Norte?*

Cristina Rivera-Garza

I

las individuos

Llegaron una a una como gotas; una a una como naipes. Llegaron como llegan a veces las individuos —indisolubles, solitarias, muertas de calor o de frío, sucias de días, exhaustas.

Supongo que todas llevan las uñas rotas.

II

la manera en que levita la prosa

La primera emergió del Mar del Norte a mediados de febrero. Más que una aparición, un *flash back*. Un corte —violento, sagaz, preciso— en el oleaje mercurial. Tan pronto como se alisó el pantalón de mezclilla y la camiseta negra, pidió un cigarrillo. Preguntó por el nombre del lugar, la hora. Miró a su alrededor con la Mirada Horizontal.

—Esto se llama Aquí —dije. Y son las 2: 37.

—¿De la tarde o de la mañana? —por la pregunta supe que venía de otro planeta y que su mente tenía cierta inclinación por lo que aquí llamamos *exacto*. Por la manera en que aspiró el humo del primer ciga-

* Fragmento del libro *Feliz como con mujer*.

rrillo y, después, lo dejó ir, supe lo que tenía que saber. *Esa grisura. Ese terco callarse.* En ese momento, exactamente como la prosa, una mantarraya se despegó apenas de la arena y, bajo el peso del agua, levitó.

—Del Ahora —sugerí.

El nombre con que se inscribió en el registro civil de Este Mundo es el de Amaranta Caballero.

III

las esculturas súbitas

Los Desamparados y los Solos y los de Tres Corazones Bajo el Pecho siempre encontraban una esquina iridiscente, una ardiente oración, una almohada de acechos en el cuarto de los ventanales sucios.

Desde ahí se veía una cara de Tijuana —la seca, la inundada de luciérnagas, la ordenada, la mentirosa.

Desde ahí Tijuana nos veía.

Una mañana entraron las Verdaderas Palomas por la ventana abierta y se cagaron sobre la cama y la alfombra y los libros. Dejaron todo blanco de mierda.

Amaranta Caballero y Abril Castro lo vieron todo —la cama, la alfombra, los libros— e, inmóviles como esculturas súbitas, se preguntaron, insistentemente: “¿Así que esto era el amor?”.

Esa grisura.

Ese terco callarse.

Y Tijuana —la seca, la inundada de luciérnagas, la ordenada, la mentirosa— se sonrió con inusitada cautela, con un decoro francamente inimaginable, de su *cagado* susto.

IV

el Mar del Norte y la (hetero)sexualidad

March 05, 2003

BLOGSIVELA 2003

XXVII.

(bramar, bufar, cantar, aullar)

Todo esto ocurre dentro de la imaginación del narrador, dentro de sus deseos por ir detrás del velo que cubre todas las cosas del mundo.

Todo esto:

LA PREGUNTA QUE SE QUEDÓ SIN RESPUESTA:

¿Cómo se le llama al sonido escandaloso y hueco que emiten los lobos marinos al acercarse a la costa?

ESCENA I:

Hay tres mujeres aproximándose al muelle. Mujer Uno lleva abrigo color negro y bufanda a rayas. Mujer Dos trae el cabello suelto y una tristeza muy descobijada en los ojos. Mujer Tres camina despacio y canta en voz baja.

DIÁLOGO EN CONDICIONAL:

—Deberíamos ir a la isla...

—Tal vez sí, pero tengo frío.

—Yo también, pero sí deberíamos ir a la isla.

—Deberíamos espantar al frío.

—Tal vez.

ESCENA II:

Tres mujeres se aproximan al barco y, con cautela, todavía dentro de la indecisión, dejan tierra firme y se introducen, de un brinco, en el bamboleo del navío. Mujer Uno teme que vomitará de un momento a otro. Mujer Dos observa al hombre que manejará la embarcación y, sin saber a ciencia cierta por qué, mira hacia tierra firme con urgencia. El vuelo de una gaviota le eriza la piel. El sonido de los lobos marinos la deja impávida. Mujer Tres nota la ansiedad en sus ojos alarmados y, tratando de prevenir un ataque similar, busca la caja de herramientas donde, para su alivio, descubre un martillo. Luego recorre la cabina como si esperara encontrar a alguien más a bordo. Una amenaza. Un recién develado peligro. Mujer Uno observa el momento en que la embarca-

ción suelta las amarras. Un segundo. Dos. La náusea desaparece. Los pulmones se llenan de aire.

LO QUE MUJER UNO VE CUANDO TODO MUNDO CREE QUE VE EL OCÉANO:

La iridiscencia que, sobre el oleaje marino, parece un agujero que conectara a este mundo con otro todavía imposible. Todavía divino.

LO QUE MUJER DOS VE CUANDO TODO MUNDO CREE QUE VE EL OCÉANO:

Siente, sobre todo, el embate de las olas cuando la embarcación cruza la boca de la bahía y se interna en el mar adentro. El embate. Piensa en esa palabra y cierra los ojos. La boca de la bahía. Los labios de la costa. La lengua del litoral. El beso. El cruce. El más allá. La corriente marina la empuja una y otra vez con los mismos movimientos del hombre que ahora vuelve a colocarse entre sus piernas. Una y otra vez. El oleaje la zarandeo. Abre los ojos y el agua no es sino el cuerpo del hombre que la penetra. Una y otra vez. En silencio. A gritos.

LO QUE MUJER TRES VE CUANDO TODO MUNDO CREE QUE VE EL OCÉANO:

Hay una niña, el cuerpo de una niña, al ras del agua. La corriente se la lleva poco a poco y, luego, en un parpadeo, desaparece. El sonido vacío y necesitado de los lobos marinos la rodea. Un lamento. Un gemido. Un suspiro. Esto dentro de un barco a medio hundir. Dentro de una isla de óxido y piedra.

LO QUE ESCUCHA MUJER UNO:

Alguien me necesita. En algún lugar, lejos, alguien me está necesitando ahorita.

LO QUE ESCUCHA MUJER DOS:

Cógeme. Súbete. Cómeme. Sí. Híncate. Tiéndete. Ábrete. Date la vuelta. Así. Ciérrate. Primavérate. Muérdeme. Éntrame. Salte. Pruébate. Ensálvame. Híncate otra vez. Ládrame. Descánsame. Sí. Bájate. Tiéndete. Empiézame. Termínate. Llénate. Chúpame. Llórate. Celébrame. Así.

LO QUE ESCUCHA MUJER TRES:

La voz de Angelika Kirchschrager, intraducible.

DIÁLOGO EN INFINITIVO:

—Pero se supone que coger es rico.

—Coger es rico.

—Lo pobre, a veces, es lo que ocurre después.

—Pero coger es rico.

—Mhhhhh.

—O antes.

—Lo pobre. Sí.

LO QUE MUJER UNO NO DICE:

Soy la sombra que me persigue y el perseguiimiento y el cuerpo y la sombra.

LO QUE MUJER DOS CALLA:

*Lifting belly. Are you. Lifting./Oh dear I said I was tender, fierce and tender./Do it. What a splendid example of carelessness./It gives me a great deal of pleasure to say yes./Why do I always smile./ I don't know./ It pleases me./ You are easily pleased./ I am very pleased./ Thank you I am scarcely sunny./ I wish the sun would come out./ Yes./ Do you lift it./ High./ Yes sir I helped to do it./ Did you./ Yes./ Do you lift it./ We cut strangely./ What./ That's it./ Address it say to it hat we will never repent./ A great many people come together./ Come together./ I don't think this has anything to do with it./ What I believe in is what I mean./ Lifting belly and roses./ We get a great many roses./ I always smile./ Yes./ And I am happy./ With what./ With what I said./ This evening./ Not pretty./ Beautiful./ Yes beautiful./ Why don't you prettily bow./ Because it shows thought./ It does./ Lifting belly is strong.*¹

LO QUE MUJER TRES SE GUARDA:

Si yo fuera hombre me andaría con cuidado. Si fuera mujer.

ESCENA III:

Circundan la isla y, a petición de Mujer Tres, la embarcación se detiene. El sonido del oleaje. Su olor. Están dentro del Mar del Norte. Abren una botella de champaña y, al chocar las copas alargadas, piensan en una escena familiar.

—Por el daño —murmura Mujer Dos—, por el final del daño.

El chasquido de la cola de una ballena las hace virar los torsos. Inconscientemente. Iridiscentemente. Inmaculadamente.

—Por el final del daño, pues —dicen las otras dos a coro. Una sonrisa mercurial en el centro mismo de cada rostro.

LO QUE SUSURRA LA VOZ EN OFF:

Los lobos marinos braman, bufan, aúllan y cantan, misteriosamente. Un tono de voz propio de un bajo-barítono ideal para interpretar Winterreise de Schubert.

posted by cristina at 2:46 PM

¹ Gertrude Stein, *Lifting Belly*, The Naiad Press, Nueva York, 1995, pp. 2-3.

V

presente paralelo

Esto es lo que ocurre: Matías ha dejado la puerta de la casa abierta y un pájaro de las Tierras Altas, un pájaro Común y Corriente, tan Común y tan Corriente como las Palomas Verdaderas de Tijuana, entra en la casa (del poema).

Aletea.

Aletea como imagino que aletea a veces la heterosexualidad. Con desesperanza. Con algo de prisa. Con ojos de jaula.

Al paso de su vuelo caen fotografías y adornos. Edades. Susurros. Murallas.

Y me detengo frente a todo eso y, con la misma inmovilidad de las esculturas súbitas, me pregunto, insistentemente, “¿así que esto era el amor”?

Y nadie, absolutamente nadie, se ríe.

VI

una de sus manos iba siempre en una de las manos de la muerte

Cuando yo todavía vivía en el Otro País y guardaba mi silencio como si fuera un Silencio de Años, me imaginaba, con frecuencia, a alguien así.

Tenía dos nombres en lugar de uno. Y tres manos. Y cuatro piernas. Y cinco ojos. Y demasiado de todo lo demás.

Bífida, como se dice a veces de la lengua para indicar que está llena de peligros.

Irresuelta, como se califica a menudo a las novelas sin final feliz.

Fluida, como la condición Posmoderna o como la vida misma.

Fumaba cigarrillos de esa manera en que he mencionado antes y, por eso, la reconocí. *Esa grisura. Ese terco callarse.* Su ropa del famoso clóset de 1940 y la mirada más allá del ventanal. Siempre. Su aleteo demencial. Su arremolinarse. Su no quedarse quieta.

Le decíamos arándano aunque olía usualmente a Eau de Cartier.

La llamábamos Abril aunque solía convertirse en Noviembre o en Marzo con la misma realista docilidad.

Era una mujer o una mujer. Soberana como la miel que le prestó el color a sus ojos. Cielística. Inacabada. A-punto-de.

Bastaba con evocarla en la congregación del nosotras para que su cuerpo hiciera un nosotros.

Viajaba a toda velocidad y no sola. Una de sus manos iba siempre en una de las manos de la muerte. Así se sentía a salvo. Protegida de las alas del mediodía y del pesar más blanco.

Cuando yo vivía del Otro Lado de la Línea, silenciosa y exhausta, dentro de un Silencio de Años y sucia de días, me preguntaba, con frecuencia, si existiría alguien así.

VII

el gesto de la verdadera adicta

A veces el Mar del Norte se transformaba en manto y había que verlo como algo ajeno.

A veces se lo podía uno colocar sobre los hombros como cosa muy usada o querida, y sentir, dependiendo de incógnitos elementos, su calor o su extravío.

A veces era posible sentarse en su orilla, sosegadamente. Y volverse escultura súbita o nube desmemoriada. O arena con filos.

Todo podía pasar ahí en realidad. A veces había que sobrevolarlo como a un desastre. O alejarse como de la epidemia. O resignarse como ante la enfermedad.

En más de una ocasión vimos la manera inesperada y no por ello menos natural en que emergió del agua la cabeza de Concha Urquiza.

—Pero si usted está muerta —le recordábamos de inmediato.

Y ella, sin ponernos atención, interrumpía cualquier comentario para pedirnos, con ese gesto desesperado del verdadero adicto, un cigarrillo. *Por el amor de dios. Por lo que más quieran.* Ya que había dado la primera chupada —honda, con placer, toda ella en otro lugar— y ya que había dejado desaparecer en el aire la bocanada gris, el humo de artificio, entonces nos pedía una toalla.

—No saben la clase de frío que hace ahí —nos aseguraba sin atreverse a volver la vista atrás. Cuando constataba la sorpresa en nuestros rostros no era capaz de aguantar la risa.

—¿Qué? ¿Ustedes son de las que creen que Los Sumergidos nunca tenemos frío?

Éramos de ésas, ciertamente. Y, por serlo, guardábamos un silencio inconfesable y vergonzoso mientras bajábamos la vista.

—Por lo menos —murmuraba luego en son de paz— podrían ofrecerme algo de vino.

Entonces, sin que se lo pidiéramos, sin que lo esperáramos siquiera, La Sumergida alzaba su copa y brindaba y chupaba ávidamente de su cigarrillo, todo a la vez, todo como si ya no tuviera tiempo o como si se le estuviera acabando el tiempo, mientras se quedaba como nosotras, sentada sosegadamente sobre la orilla de arena del Mar del Norte, resignada ante la enfermedad del agua y sobrevolando el desastre con la Mirada Oblicua de la que ha muerto más de una vez, de la que todavía no acaba de morir o de la que, muriendo, reincide como una verdadera adicta, con ese gesto de pordiosero y de mártir cruel y de princesa degollada.

VIII

la invención de Maggie Triana

Saturday, May 17, 2003

BLOGNOVELA 2003

L.

(mayo es ahora)

Es que tomaron el boulevard rojo.

Es que no había luz.

Es que faltaba el agua.

Es que llegó Maggie Triana bajo el eclipse

(cabello rojo, pestañas extra largas, uñas a medio pintar)

y contó su peor sueño y su mejor pesadilla.

Es que se abrió el abrigo —negro, de peluche, demencial— y se sonrió tres veces con el ojo izquierdo.

Es que recargó la cabeza sobre un hombro y, de regreso al mundo, exclamó: esto es arándano (aunque en realidad era Eau de Cartier).

Es que se señaló la boca.

Es que dijo: bésenme.

Y todas obedecieron —gustosas, sumisas, celestes.

Es que, como lo he anotado, no había luz.

Es que era jueves pero a todas les urgía ya que fuera sábado. Y Maggie insistía en contar —las manos en espiral, la boca de vela en alta mar, la rodilla flexionada— su peor sueño (el hombre que atravesaba el cuerpo de la mujer para extraerle el músculo ése que, dijo, algunos llaman corazón) y su mejor pesadilla (la mujer que, en justo intercambio, atravesaba el cuerpo del hombre para extraerle el ése que, repitió, algunos llaman corazón).

Es que habían leído a Butler, Cixous, Wittig, Peri Rossi, Pizarnik, Acker, Stein.

Y las mareaba el humo de los cigarrillos de clavo. Djarum Black: *to enhance your smoking pleasure*.

Y nadie hablaba en el Café de Todos.

Es que la mantarraya descendía —deliciosa, omnipotente, cándida— con esa lentitud casi doméstica, esa lentitud de otro modo mitológica, hasta la piel misma del océano.

Es que Amaranta Caballero caminaba descalza y ecuménica sobre su propia lengua.

Y Abril Castro se volvía una pez-hadilla sobre la almohada.

Y Maggie Triana declaraba, con precisión profética: *cubrir de árboles el bosque. Bosquejar una mujer. Circundar una mujer. Cubrir de bosques una ciudad, bosquejar una mujer, circundar los árboles*.

Y Lucina Constanza guardaba silencio.

Y La Sumergida se acostumbraba poco a poco, aunque no sin torpeza y sin intolerancia, a su nueva condición de Emergida.

Todo esto dentro de la Ciudad Sin Nombre. Todo esto en un lugar sin luz, sin agua. Es que comieron uvas y pronunciaron las palabras muslo, codo, tráquea. Y también ésa que, Maggie volvía a decir, algunos conocen como corazón.

Es que no sabían de la piedad. Y no les interesaba hincarse. Es que los fáunulos tomaban su siesta.

Es que faltaba el agua.

Y se quedaron meditando frente a la pregunta ¿por qué no?

Es que era mayo.

Es que mayo es ahora.

posted by cristina at 3:14 PM

IX*momento que define el concepto de la felicidad idiota*

Sunday, May 18, 2003

BLOGNOVELA 2003

LI.

(en el que La Autora, con su característico —aunque falaz— distanciamiento, intenta describir un paisaje, y un evento dentro del paisaje, pero sólo atina a hacer una larga y oscura pregunta)

La palabra delfín nunca me ha gustado. Ese predominio de las primeras letras del alfabeto—de, e, efe, i— ese acento que le quita el punto a todas las íes, esa verticalidad forzada por las puntas de la de, la ele y el garfio apenas disfrazado de la efe, el mal gusto de terminar en ene. Bi-silábica. Aguda. Una palabra con todas las agravantes de la gramática y de la evocación. Aún peor, de poderse, en plural. Ur-Kitsch. Una verdadera aberración. Entonces, ¿cómo describir la manera lenta, distraída, en que Tres Personajes Femeninos salieron del Paralelo 32 después de tomar enormes tazas de café y de fumar innumerables cigarrillos encerrados, de forma por demás ficticia, dentro de una duermevela olorosa a sal, y cómo ese momento en que, ya casi escaleras arriba, se detuvieron porque habían alcanzado a observar una sombra, para entonces inexplicable, en la marea mercurial de un océano gris y relativamente pacífico, cuya similitud —me atrevería a decir, su interpenetración— con el cielo —porque el cielo también era mercurial y gris y relativamente pacífico— hacía que la pregunta “¿existió, alguna vez, el horizonte?” pareciera no sólo natural sino, además, necesaria, o de cualquier manera inevitable, mientras ellas, los Tres Personajes Femeninos, seguían ahí, al pie del malecón, pronunciando la bi-silábica y aguda palabra con un gusto retrógrado, es decir infantil, o cuando menos pasado de moda, uniéndola, de manera por demás reverencial a los vocablos “signo”, “divinidad”, “destino”, como si formaran parte del mismo universo semántico, como si la bi-silábica, que ya para entonces pronunciaban, para colmo, en plural, y con irrefutables sonrisas en rostros, manos, piernas, pudiera compararse de alguna manera, aunque fuera mínima, con esas otras, firmes y volátiles, enteras y heridas, con las que se hace la pregunta “¿existió, alguna vez, el horizonte?”

posted by cristina at 1:26 PM

XI

una pelea con dios

La Emergida llegaba a veces extasiada de dolor, sola como sobreviviente, olorosa a crystal y a semen.

Cuando le preguntábamos dónde había estado contestaba que venía de Allá y, en sus ojos de madrugada química, en su descalza voz de ex muerta, en cada una de las lanzas que perforaban su costado alguna vez adolescente o divino, *Allá* sólo quería decir Tijuana sin Luciérnagas. La Más Verdadera. La Arpía.

Nuestro pudor, como lo llamaba, le causaba suspiros escandalosos y delicadas sornas punzantes. Nuestras costumbres *burguesas*.

—Su mar de mierda —balbucía. Y nos miraba desde ese lugar donde sólo se oye el punzar de las venas, el rasgar de la respiración. Y nos seguía viendo desde los largos pasillos vacíos, desde los pasillos laberínticos y rencorosos por donde sólo avanzaba el viento de los bárbaros. Y no dejaba de mirarnos desde la pecera. Y nos observaba.

Adentro.

Más adentro.

Debajo del agua y de la tierra.

Debajo del paladar.

—Su puto mar de mierda —reiteraba entre dientes, con ese cansino hacer de cosa que ronda, con algo de obscena gravedad en el tono de la voz, con cierto anhelo de crimen. Su puta mierda —deletreaba hasta que, poco a poco, con toda seguridad de la manera más lenta, aburrida tal vez o aquejada ya de ese agotamiento radial que se asocia a menudo con los recién resucitados, nos daba la espalda y se ponía a ver el inicio de la luz a través de los ventanales del cuarto.

Microscópicamente.

Las yemas de sus dedos sobre la superficie traslúcida y vertical.

La frente. Las pestañas. La lengua.

Esa manera suya de postrarse. Y de orar.

—Están sucios —constataba después, mucho después, cuando con o a pesar de la fatalidad conseguía estar de vuelta. Sucios de grasa y de tiempo.

XII

música de fondo

A veces se quitaban la piel y la colgaban de los tendederos. Eso sucedía las mañanas en que estaban exhaustas, las mañanas en que estaban a punto de decir no-aguanto-más.

Y la piel ondeaba de cara a la luz máspreciada.

Y la piel se mecía en los brazos del viento, que son los Brazos de Nadie, como si no existiera en realidad ninguna razón para morir.

Olorosa a tacto y a pólvora y a flores de plástico y también a limón, la piel mostraba sus cicatrices con esa indiferencia que frecuentemente se confunde con el orgullo.

Era un cuadro de aspiración bucólica y de belleza naif.

Si no hubiera sabido que eran sus pieles, sus pieles en esas mañanas en que estaban muy cerca de sumergirse, habría podido pensar que se trataba de un spot televisivo al que sólo le faltaba la música de violines y de hachas.

XIII

no sé de que otra manera describir la palabra violencia

Monday, October 06, 2003

BLOGSIVELA 2003

LXVI

(el nombre, la narrativa y la violencia)

RECUERDO

Un hombre le pregunta a otro si se dice “corrupto” o “corrompido”. Esto ocurre, lo recuerdo, a la entrada del Palacio Municipal, frente a un puesto de periódicos, bajo una manta que reza: AQUÍ SE RECIBEN SUS ARMAS DE FUEGO.

DES-APARICIÓN

Sueño y, dentro del sueño, soy una sonámbula que sabe (con el hartazgo que da la certeza absoluta) (con ese sutil aburrimiento de cosa-que-ineludiblemente-se-acaba) que pronto despertará. Lo hago cuando Alguien toca a mi puerta.

—Está lloviendo —le digo antes de que él se vuelva hacia su auto y me señale el rostro amoratado de una mujer tras la ventanilla. —La encontré cerca del bosque —me informa. Me dio su dirección. Los observo a los dos, sin entender (que es como le corresponde ver a alguien que acaba de regresar de un sueño dentro del cual era una sonámbula). Los observo por largos minutos amurallados. Los observo y, finalmente, de algún lugar de la conciencia (que, como la inconsciencia, no está escondida sino en todos los sitios) sé con exactitud lo que debo hacer. Voy hacia mi bolso, lo abro, extraigo un par de billetes de la cartera, regreso, coloco los billetes extraídos sobre la mano del hombre, le doy las gracias, le sonrío.

Acaba de ocurrir un intercambio.

—¿Es su pariente? —me pregunta justo en el momento en que duda. Cuando está ya a punto de darse la vuelta y cerrar para siempre el incidente llamado Encontré a Una Mujer Amoratada Cerca del Bosque, el hombre no lo puede evitar y titubea.

—¿Qué? —le sonrío ahora—, ¿le parece que nos parecemos?

SIGNIFICADOS DE LA LLUVIA

Cuando el momento del despertar sucede bajo la lluvia quiere decir que La Verdadera Historia no ha iniciado aún.

La lluvia es anticipación.

Estar bajo la lluvia y estar despierto es lo mismo que ser una sonámbula que sabe lo que acabará pasando dentro de un sueño. La lluvia es exceso.

Cuando una Mujer Amoratada se (des)aparece bajo la lluvia quiere decir que urge enunciar la palabra “sangre”, la palabra “violencia”, las palabras “para siempre”.

LA MIRADA IMPOSIBLE

En *The Plague of Fantasies*, especialmente en el capítulo titulado “The Seven Veils of Fantasy”, dice Slavoj Žižek que una narrativa fantasmática siempre involucra una mirada imposible, es decir, la mirada a través de la cual el sujeto se hace presente en el momento mismo de su propia concepción.² Yo leo esto justo cuando La Mujer Amoratada se vuelve a verme desde detrás de la ventanilla y su mirada atraviesa el cuerpo (casi invisible) (casi presente) de la lluvia.

² Slavoj Žižek, *The Plague of Fantasies*, Verso, Nueva York, 1997, p. 16.

Acaba de ocurrir un intercambio.

EL EXTRAÑO, AUNQUE INELUDIBLE, RETORNO DEL NOMBRE
Bajo la lluvia.

Dentro de la distancia que inaugura y humedece la lluvia. En la travesía que va de La Mirada Imposible hasta el momento mismo de La Propia Concepción.

El retorno del nombre ocurre como ocurre un intercambio.

Digo: Agnes.³

Y el mundo, que es la narrativa, “se apresta a resolver un antagonismo fundamental reorganizando sus términos en una sucesión temporal”.⁴

LA VERDADERA HISTORIA

Agnes guarda silencio. Agnes no cuenta nada. Agnes me mira con La Mirada Imposible y, en ese momento, me doy cuenta que me he puesto un vestido de invierno. Agnes se sienta a la mesa y acepta el té que le ofrezco. Luego, Agnes abre la boca y veo el sitio donde alguna vez tuvo la lengua.

—¿Quién lo hizo? —le pregunto lo imposible irracionalmente, inmediatamente, salvajemente. Luego medito sobre los colores de mi vestido.

Este es el momento de enunciar la palabra “sangre”, la palabra “violencia”, las palabras “para siempre”. Este es el momento de dar inicio a la historia.

GRUÑIR, GEMIR, PUJAR

Pronuncio su nombre. Lo hago varias veces. Lo hago y, viéndola, me cuesta trabajo creer que ése y no otro, y no cualquier otra cosa, sea su nombre.

—Agnes —le susurro mientras acaricio el dorso de su mano. Agnes tú estabas muy lejos.

Ella abre la boca.

(el momento de la oscuridad)

(el momento que no se puede designar con el verbo “expresar”)

Agnes abre la boca y se hace el océano.

³ Ver capítulo I de la Blogsívela *Words are the Very Eyes of Secrecy* (www.cristinariveragarza.blogspot.com).

⁴ Žižek, *The Plague of Fantasies*, p. 11.

LO QUE HACE EL LENGUAJE

Aquí se reciben sus armas de fuego.

SUCESION TEMPORAL

Toma el té a sorbos pequeños mientras posa La Mirada Imposible sobre el ventanal.

Supongo que recuerda sucesos, intercambios, ocurrencias.

Supongo que inventa.

El Rostro Amaratado se cansa.

Le digo: tú estabas muy lejos.

Todo a nuestro alrededor se vuelve mar.

La conduzco hasta el ático en el que se encuentra el lecho donde descansará.

La Mirada Imposible se cierra dentro de sí misma.

Hace frío.

Un momento de suma oscuridad.

Le digo: ahora estás muy cerca.

CONFESIÓN

No sé de qué otra manera describir la palabra "violencia".
posted by cristina at 11:28 AM

XIV

Historia

Tuesday, May 20, 2003.

BLOGNOVELA 2003

LIII.

(muchos años después, desde otro punto de vista)

Dice que era un día cubierto de nubes pero, paradójicamente, saturado de luz. Como si la claridad no fuera generada desde un solo astro rector, sino producida por cada una de las partículas del medio ambiente. Una luz delgadísima, de tintes amarillos. Una red. Tan orgánica que podía respirarse.

—Dentro de esa luz —dice—, sucedió todo.

Ve hacia el techo y no hacia el rostro del hombre que, vestido de negro, lo observa desde detrás de su escritorio. Ve el techo como si viera la luz de la que habla en tonos quedos, casi imposibles. Cuenta que estaba en la playa, que habían ido ahí, a las costas del Mar del Norte,

para pasar unas cortas vacaciones en familia: su padre, su madre, su hermana, él mismo. Ese día el padre los había ayudado a construir los muros de un castillo de arena lo suficientemente grande como para contener a los dos hijos. Su energía. Su gozo. La madre los veía desde lejos, sentada en la tumbona de plástico, desde detrás de los lentes oscuros. Cuenta que estaba feliz de esa manera unívoca y total en que lo son algunas veces los niños.

—Hacía frío —dice. El viento, fino también, tan delgado como la luz, no alcanzaba a calentarse a su contacto.

Guarda silencio.

—Sí —repite. Era un día frío y lleno de luz.

Describe que ya habían empezado a jugar con la pelota roja, de plástico. Una baratija que, a última hora, la madre había subido al coche. La hermana la había pateado con fuerza y la pelota, vacía y sin gravedad alguna, estaba flotando sobre las olas que lamían la arena. Describe su manera de ir por la pelota: no pensaba en otra cosa. Una línea recta.

—Entonces las vi —murmura. Tres figuras que caminaban a paso lento sobre la arena. Tres fantasmas observando la luz en el silencio más absoluto. Tres mujeres. Tres Personajes Femeninos.

Refiere que se quedó detenido con el objeto rojo entre las manos, imposibilitado a dar un paso más o a virar el rostro. Refiere que aún así como estaba, inmóvil y pasmado, las siguió con la mirada. Dos figuras tomaron asiento sobre una piedra, mientras la Tercera se recostaba directamente sobre la arena. No hablaron. Veían las aguas del océano con una concentración definitiva.

—No estaban ahí en realidad —murmura—. No estaban en ningún lado. ¿Me explico? O estaban en todos lados. En todos los Mares del Norte.

El hombre del otro lado del escritorio asiente con la cabeza sin ninguna expresión en el rostro.

—Tuve ganas de escribir en ese mismo momento —murmura, bajando la vista, como si tal deseo le ocasionara vergüenza, desazón, arrepentimiento—. Las veía y dejaba de verlas, ¿me explico? Por el deseo de escribir.

Cuenta que quiso salir corriendo hacia su cuaderno pero que tenía el deseo, igualmente avasallador, de permanecer ahí, observándolas, viendo la manera en que guardaban silencio y, dentro de ese silencio, la

manera diminuta en que, sin previo aviso, sin cambio perceptible en las facciones del rostro, empezaron a llorar. Las tres. Cuenta que el recorrido vertical de las lágrimas fue lentísimo.

—Toda una eternidad ahí —dice—. Y yo quise escribir eso —reitera—. Escribir que ése era uno de esos pocos, poquísimos días en que la pregunta “¿existió, alguna vez, el horizonte?” emerge de una forma natural.

Guarda silencio y luego dice:

—Fue ese día. Lo sé.

Y luego guarda silencio una vez más. Exhausto.

—Poco después emigramos a América —es la primera vez que observa la ventana rectangular por la que se cuelan los filos de los rasca-cielos aledaños, el cielo gris, un pájaro enano—. Aquí —balbucea—. El silencio en el cuarto pulcro es tan absoluto ahora como el que describe.

—¿Y desde entonces se llama usted Marty N. Omas? —le pregunta.

—Sí —una mueca sobre su rostro, un gesto dentro del cual se concentra el tiempo, todo junto, todo a la vez—. Les era difícil pronunciar Martynov Nisherek Omashnujác. Mi nombre.

Luego ya no dice nada.

—Había delfines en la playa —el comentario brota de la nada, de esa nada que se produce cuando el interlocutor sabe que el tiempo se acaba—. Saltaban, ¿sabe usted? Salían del agua a gran velocidad y, ya en el aire, se contorsionaban con una gracia de otro mundo. Algo divino —dice—. Sí —repite—. Algo divino.

Sonríe. Esa mueca. Lo está viendo todo otra vez.

—Se trató de un día feliz.

El hombre detrás del escritorio se vuelve a ver, con suma discreción, el reloj que coloca siempre en el extremo izquierdo del mismo, de espaldas a sus pacientes.

—Bien, señor Omas, lo veo la próxima semana.

—¿Ha estado usted alguna vez en el Mar del Norte? —le pregunta antes de cerrar la puerta tras de sí.

El hombre detrás del escritorio lo observa. Va hacia él. Le extiende la mano. La estrecha. Lo ve a los ojos y, de súbito, baja la vista.

—La próxima semana, señor Omas.

posted by cristina at 11:09 AM